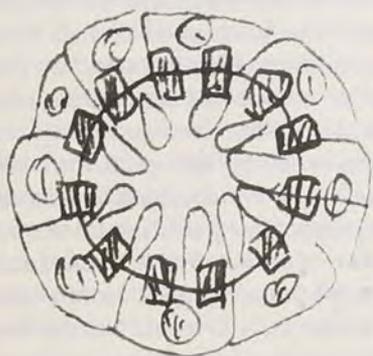


panal que endulza mis días”, “soñaré con nostalgias y con lunes dulces”, “Sin nada de heridas, es decir, dulcemente”, “sus dulces agujas sangran”), “más rugosidades que felpas” (con esto estoy de acuerdo si acaso Zuleta se refiere a la presencia de ideas e imaginaciones dichas desde lo grotesco, lo poco armoniosamente estético: “El arroz entre el pelo”, “Soñar sus labios alegrando otra carne”, “Esta noche le escupo la cara a la tonta esa”, “Si los hombres parieran el aborto sería un sacramento”).



“Directo y sin contemplaciones con la vida, pone a su decir un tono de sentencia” (en efecto, el tono y lenguaje de estos poemas tienen la tendencia a erigirse como sentencias, eficacias verbales de la palabra dicha con ínfulas de profeta: “Soñarás con fuego en la sangre / y limón en los ojos”, “la vida es solo una sombra”, “Morir por el amor de la persona que se ama, es la máxima prueba del amor humano”).

“Sus poemas parecen expiaciones, en ellos viven amores que son luchas, que son gritos” (a mí me gustaría saber ¿qué amores hay en este libro, o en cualquier otro, de cualquier tiempo y autor, donde los amores no sean más que eso: gritos y luchas?), “que son instante y fuga” (igual que todos los amores del tiempo y el planeta configurados en un insólito acoplamiento de opuestos), “como los de gatos en los techos” (por altos que sean los techos los amores así siempre serán los más bajos).

“Tal vez estos poemas sean secretas oraciones” (ni ejercer la vagancia del clérigo ni la voluntad del sa-

cerdote hacen de nadie poeta o santo. Los poemas no son súplicas sino reclamaciones, y las oraciones no son expresión de nuestra espiritualidad sino fórmulas para imitarla y alcanzarla), “vestigios de una historia que quiere ser cantada, que busca luces en la sombra antes de que la noche termine”. El círculo de la historia de un poeta que da vueltas en redondo, pero que un día tal vez sea lanzado del presidio de tal órbita y nos sorprenda como cualquier cometa, pues el tiempo y el espacio poco importan para que ello suceda.

GUILLERMO LINERO
MONTES



“¡Prueben ustedes con sus propios ojos!”

La casa de Resfa

Carlos Mario Garcés Toro
El Gaviero Editor, Medellín, 2008,
125 págs.

Simonía de amor

Verano Brisas
Arquitrave, Medellín, 2007, 97 págs.

Trece cuentos no peregrinos

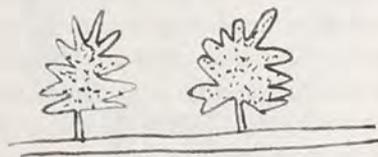
Javier Gil Gallego
Medellín, 2008, 163 págs.

A mis manos han llegado estos tres libros, todos ellos de publicación muy reciente en Medellín, y con exaltadas palabras preliminares del laureado poeta nadaísta Jaime Jaramillo Escobar, mejor conocido en su momento como X-504. *La casa de Resfa* y *Simonía de amor*, de Carlos Mario Garcés Toro y de Verano Brisas, respectivamente, son de poesía. *Trece cuentos no peregrinos*, de Javier Gil Gallego, es de cuento.

Al poeta X-504 lo admiré como el nadaísta más parco y más premiado de todos. Como sigue siendo poeta, y éste es un noble oficio que respeto mucho, lo sigo admirando y es

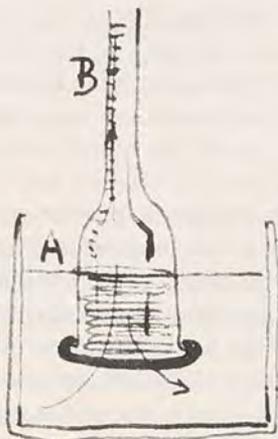
digno de todo mi respeto. Sin embargo, creo que con estos libros le pudo más el amor a su oficio de escritor, y las ganas, muy legítimas, de que este oficio siga existiendo y sea valorado, que su muy probable alta cultura literaria que le permitiría separar rápidamente, estoy segura, el oro de la arena de río. No es que me parezca que la arena de río tenga nada de malo, pero si uno habla de oro, debe ser que hay oro, y si habla de arena, pues debe ser que hay arena.

Entonces, en el caso de estos tres libros, cuyas palabras preliminares, como suelo hacerlo para no viciarme me leí después de terminar los textos, a Jaime Jaramillo Escobar se le fueron un poco las luces. Digo un poco, porque no quiero anticipar catástrofes, y si bien los tres libros no tienen el mismo pobre nivel literario que le atribuyo especialmente a uno de ellos, X-504 pudo haber hecho gala de su reconocida parquedad al reseñarlos. Esto les hubiera hecho bien a los escritores y también a nosotros los lectores. Como crítica se lo habría agradecido porque no me habría visto forzada a empezar esta reseña con una moción de disenso frente a exclamaciones como éstas que el poeta hace en las ya mencionadas palabras preliminares:



En referencia a *La casa de Resfa*, dice X-504: “Por su calidad literaria, este libro constituye una sorpresa en un país donde el arte de la escritura se ha venido a menos, a pesar de tantos talleres y festivales de toda clase donde se exhiben los nuevos genios” (pág. 15). Al respecto de *Simonía de amor* afirma que “el gran defecto del verso libre es que con él se borra la frontera entre verso y poesía. El poema desaparece en el versolibrismo. La poesía vuelve a ser poesía, o se diluye definitivamente en la prosa. Vera-

no Brisas encuentra una solución en el posmodernismo, porque éste es precisamente un retroceso, y así se define como reacción conservadora que preconiza la sencillez lírica contra el modernismo” (pág. 8). En cuanto a los *Trece cuentos no peregrinos*, proclama exaltadamente: “Este libro, en su género, será una obra principal de la narrativa antioqueña, a la altura de lo mejor de lo mejor, cuando se supere la conocida dificultad de reconocer al que llega” (pág. 9).



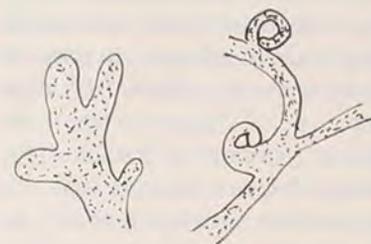
Si uno leyera estas introducciones antes de leer los libros, y creyera todo lo que dice X-504, seguramente generaría la expectativa de que va a encontrarse con tres obras que revolucionan las letras colombianas. Pero infortunadamente no es así. Lo que menos tienen estos tres libros es de revolucionarios o, al menos, de innovadores... Querido X-504, gran poeta, pero no buen crítico: a veces es mejor ser parco que caer en exabruptos entusiastas, que dejan mucho qué pensar sobre la distancia con la que fueron escritos.

Empecemos por *La casa de Resfa*, un poemario de 51 poemas, nada mal logrados si se quiere. El problema con ellos es que son una paráfrasis de la idea que ya había realizado el poeta estadounidense Edgar Lee Masters (1869-1950) en su conocida y reconocida obra poética de excelente calidad la *Antología de Spoon River*. Esta antología, al igual que *La casa de Resfa*, está compuesta por poemas que en forma de epitafios,

describen a personajes que están entrelazados por la vida y que viven en un mismo *set* por así decirlo: en el caso de la antología en Spoon River, un pequeño pueblo del Medio Oeste estadounidense, y en el caso de *La casa de Resfa*, en un prostíbulo, que se clama fue real, y en el que vivió Garcés Toro, ubicado en el sur de Medellín. Tal vez los poemas de Resfa no son del todo epitafios, pues no se sabe si todos los personajes que habitaron esta casa están muertos o vivos, pero lo que no se puede negar es que la idea de escribir lo que escribió este autor paisa y la forma de escribirlo es un refrito de la magna obra de Lee Masters.

X-504 casi lo reconoce así en sus palabras preliminares en las que menciona como referentes para la lectura del libro a Spoon River y a Comala. Pero es que una cosa es que en un libro se retomen tópicos, de hecho, los tópicos generales de la literatura son de algún modo recurrentes, como son recurrentes los temas de la vida, pero otra cosa es que uno escriba un libro basado totalmente en otro, no sólo en su forma y en su contenido sino también en los recursos que utiliza para lograrlo. Aquí Garcés Toro empieza “pidiendo prestada” una idea y termina apropiándose. No creo que esto sea lícito. No se vale cambiar los personajes y copiar la idea, la excelente idea, de otro autor. Bueno, yo sé que eso se hace, y mucho, sobre todo en las telenovelas colombianas, mexicanas y venezolanas, en las que a los libretistas se les da un marco y se les pide que lo “rellenen” con otros personajes, pero en la literatura, y especialmente en la poesía, que es tan de autor, por así expresarlo, lo que la hace sagrada o muy cercana a lo sagrado, proceder como hizo Garcés Toro es casi un sacrilegio. No creo estar exagerando. Nunca me había encontrado con un caso así, y no sé dónde más ubicarlo, sobre todo cuando soy consciente de que durante años, incluso desde antes de estudiar literatura, sabía que la obra de Lee Masters pasaría a la historia como un hito único, una hermosa colección de poemas que al autor le

costó un tiempo en una casa de reposo, seguramente por la honestidad y la profundidad con que logró adentrarnos en el universo humano de Spoon River.



Ya lo dije y lo voy a volver a repetir. Los poemas de Garcés Toro son bastante bien logrados. Lo que no me parece bien logrado es la copia de la idea. Creo que este joven escritor debería usar su talento como poeta, que lo tiene, para inventarse su propia obra y, así, uno tal vez podría evaluar su obra de manera menos apasionada y, ojalá, menos dura.

Simonía de amor de Verano Brisas es otro cuento. No le veo nada de posmoderna, aunque sí de retroceso. ¡Qué lirismo, señores, qué lirismo! Me sentí ante un Julio Flórez revisitado, ante una vuelta de tuerca hacia los años aquellos, siquiera ya pasados, en los que la poesía se revestía de babosa y se arrastraba por el piso dejando tras de sí una estela pegajosa en la que uno tenía el riesgo de resbalar y caer muerto. No creo que la posmodernidad se caracterice por una vuelta atrás de la poesía. Puede, y me temo que esto le preocupa a Jaime Jaramillo Escobar, y a mí también, que lo que hoy conocemos como poesía desaparezca en los horizontes de esta manera compleja de ver el mundo que llamamos posmodernismo, pero esto no nos intitula para elevar a rango de poeta emérito al señor Verano Brisas. El arte de la poesía es difícil por mucho que en Colombia, tierra de poetas amateur, se haya pretendido demostrar lo contrario, especialmente por parte de universitarios que con unas cervezas de más en su cabeza, leen poemas a desprevenidas chicas que no saben que una cosa es cortar línea por línea una idea y

otra muy distinta es escribir poesía. Entonces no, no recomiendo leer este libro, sobre todo si a uno le gusta la poesía. No vale la pena. Está bien por Verano Brisas que siga ejercitando su arte, pero en tiempos tan ocupados como los nuestros, no le gastaría ojos, perdonen lo prosaico, a un libro como el suyo.

En cuanto a los *Trece cuentos no peregrinos*, bueno, no creo que necesariamente vayan a ocupar un primer lugar, ni ahora ni nunca, en la historia de la narrativa antioqueña. Es un libro como muchos otros: ni muy bueno ni muy malo, ni muy entretenido ni muy aburrido. Pero tampoco es novedoso. Más bien forma parte de lo que me atrevo a llamar el neocostumbrismo paisa (¡y nacional!) que no sólo observamos en la literatura sino también en las artes cinematográficas colombianas. Aquí no me estoy refiriendo a grandes naturalistas como Víctor Gaviria que en su obra ha logrado plasmar de manera reveladora la forma de ser paisa, y tampoco a escritores como Fernando Vallejo que, por lo menos en su obra *La virgen de los sicarios*, alcanza conmovedoras penetraciones en ese mundo tan de Medellín y a la vez tan universal que es el del amor y el odio entremezclados. No, aquí de lo que estoy hablando, cuando digo neocostumbrismo, es de cosas como *Sin tetas no hay paraíso*, un libro que nunca leí, pero una telenovela que me pareció divertida, pese a lo siniestro del tema, porque muestra los usos y costumbres regionales de una manera que es chistosa. Dentro de este neocostumbrismo hay grandes logros. Por ejemplo, *País paisa* del Águila Descalza, cuando la vi en su momento, en vivo, me hizo sacar lágrimas de la risa, y cuando hace poco la volví a ver en DVD me siguió pareciendo una obra maestra de humor inteligente y costumbrista. Leyendo los *Trece cuentos no peregrinos* de Javier Gil Gallego llegué a pensar que algunos de ellos podrían servir como base para libretos del Águila Descalza, pero cuando recordé la fluidez con la que Carlos Mario Aguirre logra entrar y salir de sus

delirios, pensé: “Deje así, no sea que se me haga caso y la próxima vez que vea al Águila Descalza tenga que salirme del teatro porque la calidad de la obra ha descendido”.

No me complazco en ser dura con escritores que sé que con mucho esfuerzo logran publicar su obra, muchas veces sacando dinero de su propio bolsillo y, en la mayoría de los casos, con la sana intención de que su obra se conozca, sea reseñada, sea discutida y permita que este noble empeño de las letras siga existiendo como arte y, por qué no, como forma de ganarse la vida. En ese sentido, quiero terminar esta reseña con un dicho popular: entre gustos no hay disgustos, y si bien recomendé no perder tiempo leyendo *Simón de amor* ahora me retracto. ¡Prueben ustedes con sus propios ojos!

MÍRIAM COTES BENÍTEZ



Uno entre veinte: así es

Cuadernos de Renata. Antología

2006-2007

Varios autores

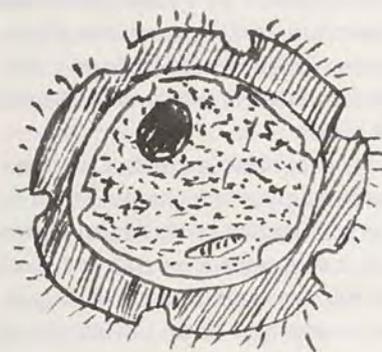
Icono Editorial, Bogotá, 2008,

120 págs.

Presentado como selección antológica, el libro contiene una muestra experimental de los talleres de creación literaria adscritos a la Red Nacional Académica de Tecnología Avanzada (RENATA), organizada por Mincultura con el propósito de unificar grupos muy diferentes patrocinados, no por el Ministerio, sino por diversas entidades de distinto origen en nueve ciudades y la isla de Providencia, y orientarlos con el criterio de los funcionarios oficiales mediante ayudas de estímulo como esta primera publicación. Unificarlos, porque el Ministerio prepara manuales para dirigir los talleres, y orientarlos porque toda organización es de control. En la página de créditos se des-

taca la prohibición de reproducir total o parcialmente alguno de los títulos mediante cualquier sistema, aunque la edición se presume corta. Si prohíben la reproducción, ¿qué ayuda es ésa para principiantes?

Como principiantes, todos siguen la risible costumbre nacional —posiblemente a solicitud del editor— de anteponer a sus páginas su hoja de vida lo más completa posible (como para alguna solicitud de trabajo), incluyendo su lista de premios, títulos recibidos o por recibir, y obras por escribir. A continuación, un texto indigno de tan aventajada trayectoria. Imprimir ejercicios de aprendizaje es un excelente estímulo para niños y adolescentes, que conservarán ejemplares hasta su vejez; pero los talleres para adultos (de lectura o de escritores) deben ser serios. Inducir sólo la publicación de obras con categoría profesional. La edición de escritos provisionales con carácter paternalista desacredita los talleres reduciéndolos a pasatiempo, o entretenimiento de chiflados. La literatura también puede convertirse en vicio, o en manía.



Diferenciar entre escritor y poeta es una extraña clasificación. Muchos autores producen indistintamente prosa o poesía. La prosa necesita el auxilio de la poesía, como la poesía el de la prosa. Es más: desde la muerte del verso la poesía se escribe en prosa. En el libro de Renata no hay un poema, y sin embargo la poesía vive más en la provincia con sus medianos vates que en la culta capital política donde los consagrados se disputan a codazos la gloria que creen merecer.